

CAPITULO SEGUNDO.

PARABOLAS DE JESUCRISTO.

Siempre que nuestro Salvador predicaba al pueblo, le instruía por parábolas. Parábola es una voz griega que significa, la narracion de algun suceso que se supone ó se finge, y en el cual se envuelve alguna verdad de mucha importancia bajo imágenes que le asemejan. Este modo enigmático de hablar ha sido en todos tiempos muy elocuente y usado entre las naciones orientales. El pueblo ignorante fija la atención á la novedad de la parábola, y cuando se le explica despues la semejanza, desaparece la oscuridad, y se graba mejor en la memoria. Todas las parábolas de nuestro Salvador son admirables por la sublimidad de su doctrina, y la naturalidad de las similitudes : como se puede ver en las siguientes contenidas en los santos Evangelios.

El Buen Pastor.

En verdad, en verdad, os digo : que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, aquel es ladron y salteador : mas el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A este abre el portero ; llama por su nombre á las ovejas que son suyas, y las saca ; las lleva á pacer, va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Como los Judíos no entendían esta pará-

bola, Jesus continuó esplicándola del modo siguiente. En verdad, en verdad, os digo : que yo soy la puerta de las ovejas : quien por mi entrare, será salvo : entrará, saldrá, y hallará pastos. El ladron solo viene para hurtar, para matar, y para destruir : mas yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en mayor abundancia. Yo soy el buen Pastor, y el buen Pastor da su vida por sus ovejas. Mas el asalariado, y que no es dueño de las ovejas, vé venir al lobo, abandona el rebaño y huye. Yo soy el buen Pastor : conozco mis ovejas, y ellas me conocen á mí. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre ; y pongo mi alma por mis ovejas. Tengo tambien otras ovejas, que no son de este aprisco *, y es necesario que yo las traiga : ellas oirán mi voz, y será hecho un solo aprisco y un solo Pastor. Por eso me ama el Padre : porque yo pongo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno, mas yo la pongo por mí mismo ; porque yo tengo poder para ponerla, así como le tengo para volverla á tomar. Esta es la instruccion que he recibido de mi Padre.

En otra ocasion propuso el Salvador una corta parábola semejante á esta, esplicando admirablemente en ella cuán agradable es al Señor la conversion de un pecador. Jesus le dijo : ¿ Quién de vosotros es el hombre, que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va

* Los Gentiles cuya conversion estaba anunciada por varios Profetas.

á buscar la que se habia perdido, hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso; y viniendo á su casa, llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja que se habia perdido. Os digo, que así habrá mas gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia.

El Hijo Pródigo.

Jesús mostraba su carácter de Salvador en todas sus acciones, en todas sus palabras. Su misericordia para con los pecadores era infinita: él se declaraba el verdadero médico para la curacion de las almas, y con una dulzura sin ejemplar les ofrecia la medicina espiritual, exigiendo de su parte solo el arrepentimiento. En esta parábola, la mas espresiva y apropiada para penetrar los corazones de sus oyentes, les manifestó que en todo tiempo que el pecador vuelva sinceramente arrepentido, é implorare el perdon de sus pecados, Dios le recibirá y le volverá la gracia perdida.

Un hombre, les dijo, tenia dos hijos. Y dijo el menor de ellos á su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me toca; y el padre les repartió la hacienda. Pocos dias despues, juntando todo lo suyo el hijo menor, se fué lejos, á un pais muy distante, y allí malrotó todo su haber, viviendo disolutamente. Despues que hubo gastado todo cuanto tenia, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó á padecer necesidad. Entonces fué, y se acogió á uno de

los ciudadanos de aquel pais, el cual le envió á su cortijo á guardar puercos. El pobre deseaba henchir su vientre de las mondaduras que los puercos comian, y ninguno se las daba. Mas volviendo sobre sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré, é iré á casa de mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo, y delante de ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como á uno de tus jornaleros. Y levantándose se fué hácia la casa de su padre. Luego que llegó cerca, le vió su padre y se movió á misericordia: y corriendo á él, le echó los brazos al cuello, y le besó. El hijo le habló así: Padre, he pecado contra el cielo, y delante de ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas él dijo á sus criados: Traed aquí prontamente la ropa mas preciosa y vestidle, y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies: y traed también un ternero cebado, y matadle, para que comamos y celebremos un banquete: porque este mi hijo era muerto, y ha revivido: se habia perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron á celebrar el banquete. El hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó á la casa, oyó la sinfonia y el coro: entónces llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello. Y este le dijo: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado salvo. El entónces se indignó, y no queria entrar: mas saliendo el padre, comenzó á rogarle. El hijo le respondió: He aquí tantos años ha que te sirvo, y nunca he tras-

pasado tus mandamientos, y jamas me has dado un cabrito para comerle alegremente con mis amigos: mas ahora que ha venido este tu hijo, que ha gastado su hacienda en prostituciones, le has hecho matar un ternero cebado. Entónces el padre le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos: pero ahora es razon celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y revivió: se habia perdido, y ha sido hallado.

El Sembrador.

Jesus salió un dia de la casa en que moraba, acompañado de sus discípulos; y como todos los que le veian se iban detras de él, cuando llegó á la orilla del mar habia ya una gran multitud, todos deseosos de oírle predicar. Para mayor conveniencia de los oyentes, entró Jesus en un barco que estaba junto á la playa, y desde él hizo un largo discurso en una continuada parábola, valiéndose de la semejanza de un sembrador, la cual dividió en cuatro partes, para explicarla despues con mayor claridad. Un labrador, les dijo, salió al campo para sembrar, y cuando esparcía la semilla, algunos granos cayéron junto al camino, y viniéron las aves del cielo y los comieron. Otros cayéron en lugares pedregosos, en donde no habia mucha tierra, y luego nació: pero como no tenian tierra suficiente para echar raices profundas, cuando salió el sol, se quemáron y secáron. Otros cayéron sobre las espinas, estas crecieron y ahogáron la semilla, y otros cayéron en buena tierra, y rindiéron fruto:

unos á ciento, otros á sesenta, y otros á treinta. Rogado Jesus por los discípulos, explicó despues la parábola en el modo siguiente: Cualquiera que oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo y arrebató lo que se sembró en su corazon: este es el que fué sembrado junto al camino. Mas el que fué sembrado sobre las piedras, este es el que oye la palabra, y por el pronto la recibe con gozo: pero no tiene en sí raiz, ántes es de poca duracion; y cuando le sobreviene tribulacion y persecucion por la palabra, luego se escandaliza. El grano que fué sembrado entre las espinas, este es el que oye la palabra, pero los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda infructuosa. Y el que fué sembaado en tierra buena, este es el que oye la palabra, y la entiende, y lleva fruto: uno lleva á ciento, otro á sesenta, y otro á treinta.

En este mismo discurso, propuso el Maestro celestial otra parábola con la misma semejanza del sembrador, diciendo: Semejante es el reino de los cielos á un hombre, que sembró buena simiente en su campo: y miéntras dormian los hombres, vino su enemigo y sembró zizaña en medio del trigo, y se fué. Y despues que creció la yerba é hizo fruto, apareció tambien entónces la zizaña. Visto esto por los siervos fuéron á ver al amo, y le dijéron: ¿Señor, no sembraste buena simiente en tu campo? pues de dónde tiene zizaña? El amo les respondió: Algun hombre enemigo ha hecho esto. ¿Quieres, Señor, le dijéron los siervos, que vayamos y la cojamos? No, les res-

pondió : no sea que cogiendo la zizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer todo hasta la siega, y entonces diré á los segadores : Coged primeramente la zizaña, y atadla en manojos para quemarla, y recoged luego el trigo para ponerle en mi granero. Jesus esplicó luego esta parábola á sus discipulos, diciendo : El que siembra la buena simiente, es el Hijo del hombre, y el campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino, y la zizaña son los hijos de la iniquidad. Y el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es la consumacion del siglo, y los segadores son los Angeles. De modo que así como es cogida la zizaña y quemada al fuego, así será en la consumacion del siglo. El Hijo del hombre enviará sus Angeles, y cogerán de su reino todos los escándalos y los que obran iniquidad; y los echarán en el horno del fuego : allí será el llanto y el crugir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre.

Los Jornaleros.

Queriendo Jesucristo dar á sus discipulos una idea de la eleccion de los justos, para justificar la Providencia divina de su Padre, lo hizo por medio de la siguiente parábola. Semejante es el reino de los cielos á un Hacendado que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña : y habiendo ajustado con ellos dar á cada uno un real de plata por dia, los envió á cavar á su viña. Cerca de las nueve de la mañana salió otra vez, y vió en la plaza á otros jornaleros

neros que no tenian ocupacion, y llegándose á ellos les dijo : Id tambien á mi viña, y os daré lo que es justo. Los jornaleros fueron al instante á trabajar. A medio dia volvió á salir, y viendo á otros jornaleros sin hacer nada, los mandó tambien á trabajar á su viña. A las cinco de la tarde volvió á salir el Hacendado y vió en la plaza á otros que no habian trabajado en todo el dia; y llegándose á ellos les dijo : ¿Qué haceis aqui todo el dia ociosos? Los jornaleros respondieron humildemente : Señor, no trabajamos porque ninguno nos ha llamado. Id tambien á mi viña, les dijo el Hacendado; y ellos fueron. Al venir la noche, dijo el dueño de la viña á su mayordomo : Llama á los trabajadores, págales su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Los jornaleros que habian estado trabajando desde el romper el dia, viendo que el amo mandaba dar el jornal entero á los que habian ido á la viña por la tarde, creyeron que les daria mas, pero no recibieron sino el real en que se habian ajustado. Le tomaron con disgusto, y murmuraban diciendo : Estos postreros no han trabajado mas de una hora, y les has pagado lo mismo que á nosotros, que hemos llevado el peso del dia y del calor. El Hacendado respondió á uno de ellos, y le dijo : Amigo, no te hago agravio; no te concertaste conmigo por un real? Tome lo que es tuyo, y vete; yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Así serán los postreros primeros; y los

primeros postreros : porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

Los Arrendatarios de la Viña.

El pueblo de Israel era la única nacion en la tierra que el Señor habia escogido por suya. Con la proteccion de su Dios se habian establecido y formado un grande imperio bajo el gobierno de sus primeros Reyes : por direccion del Señor edificáron á Jerusalem, la cercáron de muros, construyéron un templo magnífico y torres elevadas. Sin embargo, este pueblo se mostró casi siempre ingrato á la predileccion divina; y queriendo Jesucristo ahora echarles en cara su infidelidad y perfidia en no haber cumplido el pacto de su alianza; en haber maltratado y muerto á los Profetas mandados por el Señor para recordarles su obligacion; y anunciándoles lo que habian de hacer con él mismo, cuando les declarara despues de corto tiempo que él era el Hijo unigénito de Dios, enviado del cielo para la conversion de Israel, les hizo una pintura muy viva de su rebeldía en esta parábola.

Escuchad, les dijo Jesus : Habia' un Padre de familia, que plantó una viña, y la cercó de vallado, hizo un lagar en ella, y edificó una torre; luego la dió en arrendamiento á unos labradores, y se partió léjos. Cuando se acercó el tiempo de la vendimia, envió sus siervos para que percibiesen los frutos que le pertenecian. Mas los labradores, echando mano de los siervos, hiriéron al uno, matáron á otro, y le

otro apedreáron. El dueño envió otros siervos en mayor número que los primeros, y los tratáron del mismo modo. Por último les envió su hijo, diciendo : Estos rebeldes tendrán respeto á mi hijo. Mas los labradores, cuando viéron al hijo, dijéron entre sí : Este es el heredero, venid, matémosle y tendrémos su herencia : luego trabáron con él, le echáron fuera de la viña y le matáron. ¿ Qué hará, pues, el Señor de la viña con aquellos labradores cuando viniere ? Los Fariseos que escuchaban á Jesus, respondieron : A los malos destruirá malamente; y arrendará su viña á otros labradores, que le paguen el fruto á su tiempo. Jesus les dijo : ¿ No habeis leído en las Escrituras : La piedra que desecháron los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina ? Esto fué hecho por el Señor, y es cosa maravillosa en nuestros ojos. Por tanto os digo, que os será quitado el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. La esplicacion de esta parábola era tan clara, que los Principes de los sacerdotes y los Fariseos que la oyéron, entendieron que hablaba de ellos : y le hubieran echado mano si no hubieran temido al pueblo, que entónces le miraba como á un gran Profeta.

El Criado inhumano.

Exhortando nuestro Salvador á sus discípulos al perdón de los enemigos, le preguntó Pedro : Señor, ¿ cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y le

perdonaré? hasta siete veces? Jesus, que deseaba imprimir en el corazon de su Apóstol una caridad ilimitada, se valió del mismo número para dar mas fuerza á la espresion: No te digo hasta siete, sino hasta setenta y siete veces. Y luego ejemplificó el perdón de las injurias con esta excelente parábola. El reino de los cielos es comparado á un Rey que quiso entrar en cuentas con sus vasallos. Y habiendo comenzado á tomar las cuentas, le fué presentado uno, que le debía diez mil talentos: y como no tuviese con que pagarlos, mandó su Señor que fuese vendido él y su muger, sus hijos y cuanto tenia, para satisfacerle. Al oír el vasallo una sentencia tan terrible, se arrojó á sus pies, y le rogaba diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré. Compadecido el Señor con la afliccion de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda. Este mismo siervo, luego que se retiró de la presencia de su Señor, se encontró con uno de sus compañeros que le debía solo cien reales: y riñendo con él, le queria ahogar, diciendo: Págame lo que me debes. El compañero se arrojó á sus pies, y le rogaba diciendo: Amigo, ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. El inhumano siervo no quiso atender á la súplica de su pobre compañero, y le hizo poner en la cárcel, hasta que pagase lo que le debía. Los otros compañeros que habían visto esta inhumanidad, se entristecieron mucho, y fuéron á contar al Rey todo lo que habia pasado. Irritado el Señor con la crueldad de aquel siervo, le hizo venir á su presencia, y le dijo: Siervo inhumano, yo te per-

doné toda la deuda, porque me lo rogaste, ¿no debias tú tambien tener compasion de tu compañero, así como la tuve yo de tí? El Rey se enojó mucho contra él, y le hizo entregar á los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debía. Del mismo modo, concluyó Jesus, hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáreis de vuestros corazones cada uno á su hermano.

El Hombre rico y Lázaro.

Como el amor á las riquezas es el vicio mas prevalente del corazon humano, exhortaba frecuentemente nuestro Salvador contra el abuso de las riquezas. Un hombre rico le preguntó en una ocasion, ¿qué debia hacer para poseer la vida eterna? Jesus, que conocia la avaricia de aquel hombre, le respondió: Que guardase los mandamientos de la Ley. El rico le respondió muy satisfecho: que habia guardado todos los mandamientos de la Ley desde su juventud. « Aun te falta otra cosa, añadió Jesus, vende todo cuanto tienes, y dalo á los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo; ven luego, y sígueme. Un trueno repentino del cielo no hubiera confundido tanto á este avarientito, como hizo este precepto del maestro celestial. » Viéndole Jesus enmudecido, dijo: « ¡Cuán dificultosamente entrarán en el reino de Dios los que abundan en dinero! Mas fácil cosa es pasar un cable por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. » Y luego mostró á sus discípulos el estado miserable de los avarientos, en la siguiente parábola,

Habia un hombre rico que se vestia de púrpura, y de lino finísimo, y cada dia daba convites espléndidos. Un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas, se solia sentar á la puerta de su palacio, deseando hartarse de las migajas que barrian de la mesa del rico, y ninguno se las daba: los perrós entretanto venian y le lamian las llagas. Y aconteció, que cuando murió aquel pobre, le llevaron los Angeles al seno de Abraham. El rico murió tambien, y fué sepultado en el infierno. Y alzando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de léjos á Abraham, y á Lázaro en su seno: entónces levantó el grito, y dijo: « Padre Abraham, compadécete de mí, y envia á Lázaro que moje la estremidad de su dedo en agua para refrescar mi lengua, porque yo soy atormentado en esta llama. » Y Abraham le respondió: « Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes y tu vida, y Lázaro recibió males: pues ahora él está aquí consolado, y tú atormentado. Hay ademas un golfo impenetrable entre nosotros y vosotros: de manera que los que quisieren pasar de aquí á vosotros no pueden, ni tampoco pueden pasar de ahí acá. » El rico dijo entónces: « Te ruego, Padre, que le envíes á casa de mi padre: porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. » Y Abraham le respondió: « Tienen á Moises y á los Profetas; que los oigan. » El rico dijo entónces: « No, padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. » Abraham le dijo: « Si no oyen á Moises y á los Profetas,

tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitare.

La loca Avaricia.

Despues que Jesus habia enseñado á sus discípulos el modo de orar mas aceptable á su padre celestial, en la forma del Padre nuestro, los exhortó á perseverar en su peticion: asegurándoles que su Padre no les habia de negar nada de lo que le pidieran en su nombre, y que tuviera por objeto la salvacion eterna de sus almas. Luego les dijo: « Mirad, y guardaos de toda avaricia, porque la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas que posee. » Y entónces dijo la siguiente parábola, aunque breve, muy espresiva. El campo de un hombre rico habia llevado abundantes frutos: y él pensaba entre sí mismo y decia: « ¿Qué haré con esta cosecha? porque no tengo donde encerrar mis frutos. » Entónces pensó y dijo así: « Esto haré; derribaré mis graneros, y los haré mayores; recogeré en ellos todos mis frutos y mis bienes; y diré á mi alma: Alma, muchos bienes tienes y guardados para muchos años; descansa, come, bebe, ten banquetes. » Mas Dios le dijo: « Esta noche te vuelven á pedir el alma, ¿para quién será todo lo que has juntado? » Jesus concluyó, diciendo: « Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios. »

El Fariseo y el Publicano.

Los Fariseos componian una secta depravada: llenos de ambicion, tomaban los primeros asientos en

todas fiestas y juntas; con una estudiada apariencia de santidad en la observancia de los ritos exteriores de la ley, habian adquirido una grande popularidad; confiando en sí mismos como si fueran justos, despreciaban á los otros; y bajo el velo de la hipocresía, ocultaban los vicios mas infames. Nunca daban limosnas privadamente, porque no eran movidos por caridad; mas las hacian de un modo refinado, para que apareciesen mas á los ojos del mundo: nunca oraban en oculto, sino en las puertas del templo, en las plazas y otros lugares públicos. Por estos medios se habian granjeado la confianza de los incautos, y hallaban en ella una fuente inagotable donde saciar su codicia, sin esponerse á la censura del mundo. El Hijo de Dios, que veia claramente hasta los mas ocultos retretes del corazon humano, amonestaba frecuentemente á sus discípulos guardarse de la hipocresía, y mirar á Dios como único objeto de todas sus buenas obras. Les enseñaba á hacer limosnas y hacer penitencia en secreto, buscando solo la aprobacion del Padre celestial, el que penetra hasta las mas ocultas intenciones. A este fin les propuso un día una parábola admirable por su simplicidad.

Dos hombres, les dijo Jesus, subieron al templo á orar; el uno Fariseo, y el otro Publicano. El Fariseo estando en pie, oraba en su interior de esta manera: « Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy diezmos de todo lo que poseo. » Mas el Publicano, estan-

do lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo; y dándose golpes en el pecho, decia: « Dios muéstrate propicio á mí pecador. » Os digo que este, y no aquel, descendió justificado á su casa, porque todo hombre que se ensalza será humillado: y el que se humilla será ensalzado.

El verdadero Prójimo.

Nuestro misericordioso Salvador estaba un día explicando el deber de aquella caridad universal, que une á los hombres en el vínculo del amor, con que deben asistirse unos á otros para merecer la vida eterna. Un doctor de la ley que estaba presente, le dijo: « Maestro, ¿qué haré yo para poseer la vida eterna? » Jesus le preguntó: « ¿Qué es lo que hallas escrito en la Ley? » El doctor respondió: « Yo leo en la Ley: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, de toda tu alma, de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y á tu prójimo como á tí mismo. — Haz pues eso, le dijo Jesus, y vivirás. » El doctor quiso entónces saber cual era su verdadero prójimo: y tomando Jesus la palabra, le propuso la siguiente parábola.

Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron, le hirieron, y dejaron medio muerto en el camino. Aconteció pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote, y cuando le vió pasó de largo. Y así mismo un levita, llegando cerca y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano, que iba su camino, se lle-

gó cerca de él, y cuando le vió se movió á compasion: y acercándose á él, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia, le llevó á una venta, y tuvo cuidado de él. Al otro día sacó dos reales de plata, los dió al mesonero, y le dijo: «Cuidamele, y cuanto gastares mas, yo te lo daré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel, que dió en manos de los ladrones?» El doctor respondió: «Aquel que usó con él de misericordia. — Pues ve, le dijo entónces Jesus, y haz tú lo mismo.

Los Convidados á la Cena.

Desde el día en que Jesucristo hizo su entrada triunfante en Jerusalem en medio de las aclamaciones del pueblo, hasta el día en que fué vendido por Judas y preso por los Judíos, pasaba todos los dias en el templo predicando, y en las tardes se retiraba con sus discípulos á Betania, para orar á su Padre celestial por la noche en el huerto de Getsemani. Los Judíos andaban muy solícitos para escucharle, y se juntaban muy temprano en el templo para oír sus amonestaciones. En una de estas ocasiones, dió Jesus al pueblo una idea del reino de los cielos, con la comparacion de un Rey que preparó un gran convite, en la siguiente parábola.

Semejante es el reino de los cielos á cierto Rey, que hizo bodas á su hijo, y envió sus siervos á llamar á los convidados á las bodas, mas no quisieron ir. Envió de nuevo otros siervos, diciendo: «Decid á los convi-

dados: He aquí he preparado mi banquete, mis toros y mis animales cebados están ya muertos, y todo está pronto: venid á las bodas.» Mas ellos lo despreciaron dando diferentes excusas. Uno dijo: «He comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego me tengas por excusado.» Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas; te ruego me tengas por excusado.» Otro dijo: «Me he casado hoy, y por eso no puedo ir.» Y otros, no solo desatentos mas crueles tambien, echáron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los matáron. Cuando el Rey oyó esto, se irritó, y enviando sus soldados, acabó con aquellos homicidas y puso fuego á la ciudad. Entónces dijo á sus siervos: «Las bodas ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados no fuéron dignos. Id pues á las salidas de los caminos, y á cuantos hallaréis, llamadlos á las bodas. Id tambien á las plazas y calles de la ciudad, y traedme acá cuantos pobres, lisiados, ciegos y cojos hallaréis.» Habiendo salido los siervos á su comision, congregáron cuantos halláron, malos y buenos, y se llenáron las bodas de convidados. Luego entró el Rey para ver á los que estaban á la mesa, y viendo allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda, le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí, no teniendo vestido de boda?» Mas el hombre enmudeció: y el Rey dijo á sus ministros: «Atadle de pies y de manos, y arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Las Virgenes locas.

Sentado el divino Maestro en el monte del Olivar, anunciaba á sus discípulos las señales que habian de acompañar, y la confusion que habia de causar su segunda venida en la consumacion del siglo : y despues de exhortarlos á estar apercibidos, para no ser sorprendidos á la hora incierta del juicio, les propuso esta parábola.

Entónces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al Esposo y á la Esposa. Mas las cinco de ellas fatuas, y las cinco prudentes. Las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite : mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardándose el Esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas. A media noche oyéron gritar : « Mirad que viene el Esposo, salid á recibirle. » Entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas ; y las fatuas dijeron á las prudentes : « Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. » Pero las prudentes respondieron, diciendo : « No, porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id mas bien á los que le venden, y comprad para vosotras. » Mientras que las fatuas fueron á comprarle, vino el Esposo, y las que estaban apercibidas entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta. Al fin vinieron tambien las otras vírgenes, diciendo : « Señor, Señor, ábrenos. » Mas él respondió y dijo : « En verdad os

digo que no os conozco. Es necesario velar, cuando no se sabe el dia ni la hora. » Y así, por falta de vigilancia, se quedaron las vírgenes locas escluidas de la fiesta á que habian sido convidadas.

Los Talentos.

En la parábola de las vírgenes locas y prudentes, nos enseña Jesucristo á estar siempre preparados para cuando nos llame á juicio, y que no nos descuidemos en mantener viva la luz de la fe, de la esperanza y de la caridad, por medio de la cual solamente podremos ser admitidos en el reino del cielo. Jesus quiso mostrar tambien á sus discípulos, que no solo se debe conservar sus dones, mas que debemos procurar con solicitud el aumentarlos, seguros en tener un premio proporcionado. Con este fin les propuso la parábola siguiente.

Un hombre rico, estando para partirse á un pais muy distante, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes : al uno dió cinco talentos, al otro dos, y al otro dió uno, á cada uno segun su capacidad, y se partió luego. El que habia recibido los cinco talentos, se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco; asimismo el que habia recibido dos, ganó otros dos; mas el que habia recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su Señor. Despues de largo tiempo vino el Señor de aquellos siervos, y los llamó á cuentas. El que habia recibido los cinco talentos llegó primero, y presentó otros cinco talentos, diciendo : « Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros

cinco que he ganado de mas. » Su Señor le dijo : « Muy bien , siervo bueno y fiel ; porque fuiste fiel en lo poco , te pondré sobre lo mucho , entra en el gozo de tu Señor. Luego se llegó el que habia recibido los dos talentos , y dijo : « Señor , dos talentos me entregaste , aquí tienes otros dos que he ganado. » Su Señor le dijo : « Bien está , siervo bueno y fiel ; porque fuiste fiel sobre lo poco , te pondré sobre lo mucho , entra en el gozo de tu Señor. » Y llegando el que habia recibido un talento , dijo : « Señor , sé que eres un hombre de recia condicion , siegas en donde no sembraste , y recoges en donde no esparciste : por lo que temiéndor , me fui y escondí tu talento en la tierra : he aquí tienes lo que es tuyo. » Y respondiendo su Señor , le dijo : « Siervo malo y perezoso , sabias que siego en donde no siembro , y que recojo en donde no he esparcido : tú debiste haber dado mi dinero á los banqueros , y viniendo yo , hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mio. Quitadle pues el talento , y dádsele al que tiene diez talentos. Porque será dado á todo el que tuviere , y tendrá mas : mas al que no tuviere , le será quitado aun lo que parece que tiene. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores ; allí será él llorar , y el crugir de dientes.

CAPITULO TERCERO.

MILAGROS DE JESUCRISTO.

Los Judíos , pueblo ignorante y grosero , juzgaban

de los prodigios á proporcion de lo extraño y maravilloso : metéoros inesperados , choque de los elementos , estruendos en el aire , trastorno de la naturaleza , y todo fenómeno de esta especie eran las únicas causas que podian hacer efecto en su mente inculta ; y por esto , cuando percibian en Jesucristo su poder divino , le pedian hiciese señales en el cielo comprobantes de su mision. Pero los milagros del Mesias eran de un órden particular y de un carácter nuevo ; todos eran dirigidos al bien espiritual y temporal de los hombres ; al alma , perdonando los pecados , y al cuerpo , sanando sus enfermedades : de modo que mas parecian efecto de una bondad infinita , que de un poder inmenso , y mas adaptados para mover el corazon , que para sorprender el ánimo. Otra circunstancia singular de los milagros de nuestro Salvador era , que los hacia con imperio : á la voz de su mando le obedecian los demonios , desaparecian las enfermedades , los ciegos recobraban vista , los muertos salian de sus sepulcros , y lo que justamente admiraba mas á los Judíos , los pecados eran perdonados por sola su palabra. ¿ Quién podrá referir todas las maravillas que hizo Jesus ? El discípulo mas amado , aquel que recostado sobre el pecho de su divino Maestro conoció mas á fondo su deidad , declara al fin de su evangelio , que esto seria imposible. Por tanto se referirán aquí solamente aquellos mas notables que mencionan los Evangelistas , y de los que un Cristiano debe estar mas informado.